

LA PREGUNTA DEL MILLÓN

¿Cree que es razonable el impacto ambiental de las obras del tren de Artà?

JUAN PLANAS BENNÁSAR

Extraños en un tren

SÍ Un tren vacío es una magnífica metáfora de la desolación, pero también lo es de la búsqueda, del viaje individual que no acaba nunca de llegar a buen puerto y que, quizá por ello, revisita los andenes de la realidad tan sólo para confirmar que está siempre de paso y que muy poco importa que no haya nadie esperándonos en ninguna parte. Siempre vuelven a vociferar las alarmas y a sonar los silbatos y el tren reemprende la marcha y la distancia es una espesa capa de niebla o plomo entre ciudades invisibles y quizá irreales, meras líneas trazadas –con el bisurí del dinero público, por supuesto– en un mapa ilusorio de sueños y tesoros escondidos sin más paisaje final visible que las ásperas vías del metal arando los territorios

GASPAR SABATER

El tren como fetiche

NO Qué duda cabe que el tren, como alternativa de transporte, es una buena solución, pero eso siempre y cuando su implantación no produzca graves deterioros en su entorno y además sea económicamente viable. Lo contrario, convertir el tren en un fetiche y querer implantarlo a despecho de los anteriores presupuestos es algo peor que un error. Ahí tenemos un ejemplo: el tren de Manacor a Artà. El mayor logro del Bloc, con los mayores responsables perteneciendo al PSM, que aparte de haber dilapidado 120 millones de euros ha causado daños medioambientales irreversibles e irrecuperables. Nada mal para un partido que se dice ecologista. Y todo ante el clamoroso silencio de grupos que suelen montar auténticos escándalos

desiertos, el erial baldío donde nada florece salvo la memoria herida e insomne, finalmente arrasada, de nuestras biografías.

Algo así viví hace siglos en un viaje entre algún suburbio de París y la estación de Barcelona, con destino último en Valencia. Un alud de legionarios –en realidad de milicianos asustados– me acompañaba y también varias chicas jóvenes y algún que otro vendedor de muestrarios de humo y aún más, y sobre todo, y vaya si lo recuerdo, un sargento ebrio de luces y sombras y de armas, que casi me ametralla el alma con su histriónica nostalgia y sus soeces historias de la puta mili. Pero esos trenes iban abarrotados. De sudor y miedo, de ilusiones. De extraños. Quizá transportaban cartas de enamorados que

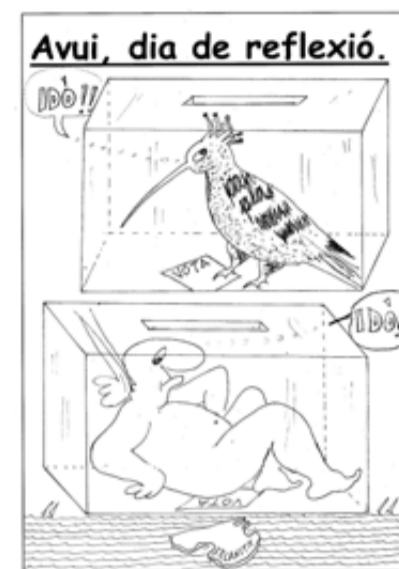
nunca lograron volver a encontrarse. Amores rotos o desleídos. Amores imposibles. Quizá por eso levantaban a su paso nubes densas de polvo y, al rato, llovía lodo –si no sangre– en toda España. Todavía sigue lloviendo y a cántaros.

Pero el tren del Govern es otra cosa. No transporta cartas ni ilusiones. Sólo une Manacor y Artà, que no es poco, y auscultando a fondo ese terreno acabamos convencidos de la infinita bondad del trayecto. Y si no hay turistas suficientes, mala suerte. Paciencia. Siempre podrán utilizarlo la Obra Cultural Balear (OCB) y sus milicias de la lengua para ir de aquí para allá, por entre los taludes de sus acampadas gloriosas en tierra propia o en tierra común o qué sé yo dónde. Gastarse 150 millones de euros, dejar el ecosistema tiritando y abocarse a un futuro de eternos números rojos queda, pues, plenamente justificado. Por sostenible y por patriótico. Y por surrealista, claro.

otro de la línea. Y, además, según el Informe de Impacto ambiental, contamina acuíferos, se carga la fauna y la flora y, en resumen, produce unos daños medioambientales considerados permanentes, irreversibles e irrecuperables.

Este tren, que sólo llega a cinco núcleos de población de la comarca donde sólo vive un 25% de la población, cubrirá menos del 4% de la demanda de Llevant. Es la línea con menos demanda estimada de Mallorca, unos 450.000 según sus promotores, cifra que la Cámara de Comercio rebaja a la mitad y eso siempre y cuando los turistas se pongan a viajar en tren como locos. Y la realidad es que los pasajeros que utilizan ahora el autobús en los trayectos que realizará el tren –que nunca continuarán hasta Palma– no llegan a los 60.000. ¿De qué manga se van a sacar los pasajeros que faltan para que este disparate pueda dejar de ser algún día una ruina que no podamos permitirnos?

PUPUT I ANGELOTS



Hoy es el día...

JOAN PLA

HOY, DÍA DE reflexión, reflexiono y me indigno contra mí mismo, porque, ante la grave pregunta de esta víspera electoral –¿quién quiero que gane?– sólo tengo una respuesta sincera: que gane el Mallorca y se salve del descenso. He metido al puput y al angelote en sus respectivas urnas, cosa que también haré yo con toda mi familia y, ya digo, me indigno contra mí mismo, porque es mayor mi esperanza en las competiciones deportivas que la que quiero y debo expresar, mediante el voto, en las competiciones políticas. En lo que se refiere a los otros indignados, de cuya existencia creciente ya informé hace varios días, también diré que me indigna la falta de dignidad de los que pretenden sacar provecho electoral del acontecimiento. Me indignan los políticos que ahora y aquí se comportan con los indignados como auténticos lammerones, alabando su causa y su libertad y aprovechando la ocasión para pedirles el voto. Me indignan los que propugnan soluciones coactivas y policiales. «Prohibido prohibir», rezábamos los jóvenes de mayo de 1968. Me indigna que alguien prohíba hoy lo que, de hecho, acabará permitiendo, sin más razón que su maquiavélica estratagema electoral.

TRIBUNA / JORGE TERA

Sanidad, cuatro años para olvidar

NADA HACÍA PREVER, hace sólo cuatro años, lo que estaba por venir en nuestra sanidad pública. Finalizaba un mandato pleno de inversión en sanidad, tanto en infraestructuras como en recursos humanos. A los nuevos hospitales de Inca, Menorca y Palma y a la multitud de nuevos o mejorados centros de salud, se había añadido la apuesta de una consellera de Salud decidida a traer a nuestras islas tantos profesionales sanitarios cualificados como nuestro servicio de salud demandase, y a incentivar su permanencia y su estabilidad en nuestra autonomía con unas condiciones laborales y retributivas dignas. Hubo diálogo, hubo mejor financiación sanitaria, hubo un salto cualitativo y cuantitativo en infraestructuras y servicios, y hubo profesionales suficientes y motivados.

Y llegaron el señor Thomàs y el señor Pomar a la Conselleria de Salut y a la dirección del Ib-Salut, respectivamente. Y casi sin darnos cuenta, de manera inmediata, entramos en una espiral de despropósitos que en principio los profesionales achacaron a la inexperiencia, después a la difícil situación económica y finalmente, en retrospectiva y ya sin posibilidades de enmienda, a la más absoluta incompetencia, soberbia y desfachatez, al límite de lo imaginable.

A ambos debemos agradecerles el dudoso mérito de finalizar el mandato con la sanidad peor financiada y el gasto sanitario por habitante y año más bajo del Estado, aún maquilladas sus cifras con una deuda descomunal y con unos proveedores de productos sanitarios algunos de los cuales llevan sin cobrar hace dos

años... ¡que se dice pronto!

No es ésta, desde luego, la única bondad de su mandato. También está el desmantelamiento de servicios punteros como las unidades de hospitalización a domicilio de Son Dureta y Son Llätzer, o del área

«Tenemos el gasto sanitario por habitantes y año más bajo del Estado»

quirúrgica del Hospital General, rehabilitada en 2003, o los intentos de desintegración del servicio del 061. Debemos agradecerles el veto al acceso de profesionales sanitarios mediante un decreto lingüísti-

co que la sociedad no demandaba y que ha creado enfrentamiento, discriminación y exclusión; el continuo empeoramiento de las condiciones laborales y retributivas, y la vulneración impúdica de normativa e incluso legislación en materia de derechos de los trabajadores; y por supuesto la falta de diálogo y de respeto a la opinión y al sentir de los profesionales, que paulatinamente ha ido engordando una gran crispación, reflejada en los alrededores de veinte conflictos, con manifestaciones y huelgas incluidas, que han provocado en sólo cuatro años y en un ámbito como la sanidad, tan poco dada a ellos.

Y su gran legado. Son Espases. Un proyecto demonizado por el señor Thomàs cuando habitaba aún la bancada de la oposición, e incluso paralizado por el Govern del que

forma parte y que, ante la incapacidad para ofrecer nada más, ha vendido como la estrella de su gestión. Una estrella con 80 millones de euros de sobrecoste sin justificación, con una precipitada y caótica puesta en marcha, espoleada por el calendario electoral, y con un compendio descomunal de problemas técnicos, estructurales y organizativos. Cuestiones éstas tan graves que han privado al conseller de presidir los grandes fastos de la inauguración del «mejor hospital de Europa», si bien, especializado en autobombo como está, se las ha ingeniado para instalar una placa a su mayor gloria en un lugar bien visible del hospital, relegando de nuevo a nuestros magníficos profesionales a un segundo plano y confiando en que dentro de veinte años nadie recuerde ya la nefasta gestión que ha caracterizado el inicio de la andadura del hospital, y que él personalmente ha liderado.

Cuatro años perdidos. Cuatro años para olvidar en la sanidad balear.

Jorge Tera es secretario general de SATSE.